

nuestra existencia en el cual no podamos decir: «Ahora mismo se está ofreciendo Jesucristo á su Eterno Padre por mi amor.» Y siendo esto así, como la fe lo enseña, y la Iglesia lo predica y nuestro corazón lo adora, ¿quién no se excita á amar, y reverenciar y alabar á nuestro dulcísimo Salvador subiendo al cielo y triunfante sobre todos los coros angélicos de las moradas celestiales?

No es maravilla que aquellos felices discípulos de Jesús que presenciaron su gloriosa Ascensión, quedaran arrobados sin poder apartar su corazón, ni su espíritu, ni sus ojos de su divino Maestro, y que para hacerlos salir de su asombro fuera menester que se aparecieran dos ángeles y les dijieran: «*Varones de Galilea, ¿qué estáis mirando al cielo? Este Jesús que habéis visto subir, vendrá de la misma manera.*» (Verso 11.) Es decir, vendrá otra vez con la misma majestad á juzgar al mundo.

Aquí, amados míos, termina nuestra Epístola; mas, ¿quién podrá narrar el gozo que experimentarían los Apóstoles con tan agradable promesa? «De tal modo, expone San León, fueron reanimados en su fe, en su esperanza y en su caridad, que nada en lo sucesivo fué capaz de intimidarlos. Ni las cadenas, ni las cárceles, ni los destierros, ni el hambre, ni la sed, ni el fuego, ni los garfios de hierro, ni las garras de las fieras, ni suplicio alguno de los que inventaron sus crueles perseguidores, fueron parte á que disminuyeran sus regocijos, aun en medio de los oprobios y tormentos de los tiranos. En todo y en todas partes contemplaban á Cristo nuestro Señor radiante de gloria en el cielo, y todos sus trabajos se convertían en dulzuras recordando la promesa de que con igual gloria, poderío y majestad, había de descender á juzgar á los vivos y á los muertos. (*Sic veniet quemadmodum vidistis eum euntem in coelum.*)

Tal debe ser también para nosotros, carísimos hermanos, la fe, la esperanza, la caridad y el regocijo de nuestro espíritu, considerando el glorioso misterio de la Ascensión del Señor á los cielos, y, sobre todo, ante la firme confianza de que cuando baje segunda vez á la tierra, nos ha de colocar á su derecha y decirnos con suave y dulce acento: «*Venid, benditos de mi Padre, poseed el reino que os ha sido preparado*», por vuestra fidelidad en servirme y en cumplir mis divinos Mandamientos. Esto es lo que con todo mi corazón os deseo, y os bendigo en el nombre del Padre, y del Hijo, y del Espíritu Santo. Amén.

HOMILÍA 1.^a

Para el Domingo VI después de Pascua.

Reglas para vivir santamente.

HERMANOS míos queridísimos: Después que la Iglesia nuestra Madre nos ha presentado en el jueves anterior la Ascensión gloriosa de Jesús á los cielos, terminando la Epístola de aquel día con la promesa divina de que el mismo Jesús, lleno de majestad y de gloria, *ha de bajar de nuevo á la tierra para juzgar á los vivos y á los muertos*, pasa hoy á decirnos que es preciso vivir con cautela practicando las virtudes cristianas en toda su plenitud. Oigamos al Príncipe de los Apóstoles, que en la Epístola de la presente Dominica, refiriéndose á aquel tremendo día, dice así:

«*Hermanos: Sed prudentes y velad en oraciones; pero ante todo tened los unos con los otros una caridad constante; porque la caridad cubre la muchedumbre de pecados. Ejercitad los unos con los otros la hospitalidad sin murmuración.*» (I Petr., IV, 7-8 y 9.) Tales son, amados míos, los tres primeros versículos de nuestra Epístola, y en verdad que no es preciso pasar adelante para la instrucción de este día, pues ellos son tan fecundos en enseñanzas morales, que un año entero sería corto para explanarlos. Concretando, pues, las ideas, os explicaré breve y sencillamente tres cosas:

- 1.^a La prudencia necesaria en nuestros tiempos.
- 2.^a La vigilancia continua en toda nuestra vida.
- 3.^a La mutua y constante caridad.

PUNTO 1.^o

LA PRUDENCIA ESPECIAL EN NUESTROS TIEMPOS

«*La prudencia*, dijo el angélico doctor Santo Tomás, *es el ojo y el rector del alma y de todos sus movimientos y acciones.*» (P. 2.^a,

q. 10, a. 5); y por esto el Apóstol San Pablo, inspirado del cielo, dijo: «*Hermanos, mirad que andéis avisadamente... no seáis faltos de prudencia, sino considerando cuál es la voluntad de Dios*» (1); y el Príncipe de los Apóstoles, en la Epístola de este día, comienza diciendo: «*Carísimos, sed prudentes.*» (Verso 7.) Es, pues, innegable que la prudencia es una virtud necesaria en todo tiempo, y atendidas las actuales circunstancias, cabe decir que hoy más que nunca. ¿Por qué?—Claramente acaba de publicarlo un egregio Prelado.—«Porque la impiedad dice, ruge en torno nuestro y de día en día se multiplican las tendencias anticatólicas, protegidas y fomentadas por las sectas masónico-liberales que nos dominan hace tiempo. Muchedumbre de enemigos, añade, se levantan contra nosotros y nos dicen en son de befa: «*¿Dónde está vuestro Dios?*»—*Ubi est Deus tuus?*» (2).

Pues bien; lo primero que exige la prudencia cristiana es que procuremos conocer á esos enemigos y el fin á que tienden, para no dejarnos seducir de sus asechanzas y falsas doctrinas. Parece, carísimos hermanos, que el Evangelio de Nuestro Señor Jesucristo según San Mateo, los describe á maravilla, cuando en su capítulo XXIII dice así:

«*Sobre la cátedra de Moisés se sentaron los Escribas y Fariseos.*» (Verso 2.) Escribas y Fariseos podemos llamar á los impíos modernos; *Escribas*, porque se han ensoberbecido hasta el extremo de erigirse en doctores de la ley, prescindiendo de Dios y de su Cristo y de la Iglesia. Para ellos su ley procede de su razón y nada más. Son *racionalistas* puros, y en cuanto aplican el racionalismo al gobierno de las naciones, se llaman *liberales*, ó lo que es lo mismo, *imitadores de Lucifer*, quien rebelándose contra Dios levantó el grito y dijo: «*Seré semejante al Altísimo: no le serviré.*»—*Non serviam.*

Podemos además llamarlos *Fariseos*, porque, á semejanza de éstos, son una secta que pretende ser la más ilustrada hasta en materias de religión, y aun aquellos que blasonan de católicos y que conocemos con el nombre funesto de *católicos-liberales*, conservan en su interior cierta independencia y presunción de espíritu, con lo cual llega su audacia al punto de recibir con desagrado las enseñanzas de la Santa Sede y de los Obispos, pretendiendo al mismo tiempo ilustrar y dirigir á la misma Iglesia. «El católico-liberal—

(1) Videte quomodo caute ambuletis... Nolite fieri imprudentes: sed intelligentes quae sit voluntas Dei.—(Ephes., V, 15-17.)

(2) Pastoral del Exemo. Señor Casas y Souto, Obispo de Plasencia, 22 de Agosto de 1899.

dijo el P. Benoit—es un fiel indócil á quien molesta la doctrina de la Iglesia, porque disminuye la libertad de abrazar el error. Es un enfermo que pone mala cara á las medicinas, porque le sacan de un delirio en que se recrea» (1).

Y es tal el trastorno y la confusión que dichos sectarios han traído al mundo, que les cuadran perfectamente las ocho maldiciones que Cristo Nuestro Señor fulminó contra aquellos Escribas y Fariseos de su tiempo, diciéndoles:

«*¡Ay de vosotros, Escribas y Fariseos hipócritas! que cerráis el reino de los cielos delante de los hombres; pues ni vosotros entráis en él, ni dejáis entrar á los que de otra suerte entrarían.*» (Verso 13.) Es decir, que los herejes modernos no podrán entrar en la gloria, porque con sus doctrinas pestilenciales y con sus libertades de perdición apartan á los pueblos de Jesucristo, corrompen la fe católica é impiden que las almas adoren al verdadero Dios y se salven.

«*¡Ay de vosotros, Escribas y Fariseos hipócritas! que devoráis las casas de las viudas, haciendo largas oraciones.*» (Verso 14.) Esto es: ¡ay de vosotros! porque llamándoos católicos sin serlo, hacéis un sacrilego tráfico de la piedad, queriendo, por contentar vuestra avaricia, hermanar el catolicismo con el liberalismo, lo cual es una monstruosa aberración.

«*¡Ay de vosotros, Escribas y Fariseos hipócritas! porque rodeáis la mar y la tierra por hacer un prosélito, y después de haberle hecho, le hacéis dos veces más digno del infierno que vosotros.*» (Verso 15.) Quiere decir que muchas veces después de haber corrompido los maestros del error contemporáneo con sus falsas doctrinas á las inconscientes muchedumbres, salen de éstas hombres más perversos y más furibundos sectarios que ellos.

«*¡Ay de vosotros, guías ciegos! ¡Ay de vosotros, que coláis el mosquito y os tragáis el camello! ¡Ay de vosotros, que limpiáis lo de fuera del vaso y por dentro estáis llenos de inmundicia! ¡Ay de vosotros que sois semejantes á los sepulcros blanqueados, que de fuera parecen hermosos y dentro están llenos de toda sociedad!...*» (Verso 16 y sig.) ¡Esto dice el Señor Dios! y no cabe dudar que tiene cumplida aplicación á los sectarios de nuestros tiempos

Espantan, amados míos, tales maldiciones del Señor sobre las gentes prevaricadoras, y más todavía, si cabe, la sentencia de eterna condenación que después añade, diciendo: «*Serpientes, raza de víboras, vosotros mismos dais testimonio de lo que sois. ¿Cómo*

(1) Benoit, *Ciudad anticrist.*, tomo 2.º, divis. 1.ª, cap. III, art. 2.º

podréis escapar del fuego eterno que os aguarda?» *¿Quomodo fugietis a iudicio gehennae?* (Verso 33.)

Ved, amados míos, si se necesita prudencia para huir de semejantes apóstoles del error, que por todas partes nos circundan. Pero demos un paso más; pues la Iglesia, en nuestra Epístola, nos dice también que hemos de ser *vigilantes*. (*Vigilate in orationibus*.)

PUNTO 2.º

DE LA VIGILANCIA NECESARIA

El mundo, carísimos hermanos, se halla erizado de peligros, y se necesitan ojos de lince para no precipitarse en ellos; sin embargo, muchos hombres viven con los ojos cerrados, á la manera del topo, y se dejan llevar de la pereza, imitando á la tortuga. Es preciso, pues, andar vigilantes, y hacer por Dios y por nuestra alma al menos lo que hacemos continuamente por los bienes de la tierra. Lo esencial es buscar, ante todo, el reino de Dios y su justicia, pues todo lo demás se nos dará por añadidura. Esto es, en substancia, lo que el Príncipe de los Apóstoles nos dice en la Epístola de este día, por aquellas palabras: «*Vigilad en las oraciones*.»—(*Vigilate in orationibus*. Verso 7.)

Verdaderamente, la vigilancia nos es de todo punto necesaria si no queremos ser víctimas de nuestros enemigos y caer en eterna ruina espiritual. «Se necesita—dice un piadoso autor—ser vigilantes respecto de la ley de Dios, para que de día y de noche sea ésta el objeto de nuestra meditación; se necesita para no contrariar los designios de la Providencia y para secundarla en todo, sin apartarnos de los caminos y medios que ella nos prescribe; se necesita para comprender bien la naturaleza y extensión de nuestros talentos á fin de que no estén ociosos y queden sepultados algunos de ellos; se necesita para aprovechar diligentemente las ocasiones de hacer el bien, y respecto de los movimientos de nuestro corazón para discernir los buenos de los malos; se necesita para moderar bien nuestros sentidos, que son como otras tantas ventanas por las cuales puede entrar el pecado en nuestras almas; se necesita para la elección de las compañías, ó sociedades que frecuentamos, toda vez que muchas de ellas pueden ser funestas á nuestra inocencia; se necesita en atención á los enemigos de nuestra alma, puesto que continuamente el diablo está acechándonos para devorarnos.

Hoy principalmente, amados míos, es de necesidad que viva-

mos muy alerta con los fautores y propagadores de las libertades modernas: hay muchos lobos vestidos con piel de oveja, muchos que sostienen errores por medrar en sus concupiscencias terrenas; muchos seducidos por las teorías racionalistas ó naturalistas, que niegan todo cuanto dice relación con el orden sobrenatural; muchos que aplican el naturalismo y el racionalismo á la política y gobernación de los Estados, y que tienen por divisa la secularización universal, es decir, secularización de las naciones, de la legislación, de la filosofía y de las ciencias, de las escuelas, de la moral y de la Religión, de la vida social y de familia; muchos, en fin, que forman satánico empeño en aniquilar las Ordenes religiosas, el clero secular, la Santa Sede, y sobre todo el REINADO SOCIAL DE JESUCRISTO.—*Nolumus*, dicen, *hunc regnare super nos*. Y por eso digo y repito que hoy más que nunca es preciso que grabemos en nuestro corazón, aquellas palabras que la Iglesia nos dirige en la Epístola de este día diciendo: «*Hermanos, sed prudentes y vigilad en oraciones*.» (*Estote prudentes et vigilate in orationibus*. Verso 7.)

Mas la prudencia, la vigilancia y la oración, debieron, sin duda, parecer poco al Príncipe de los Apóstoles para caminar seguros á la eterna bienaventuranza, pues á continuación recomienda el ejercicio de la caridad para con todos los hombres. Consideremos atentamente sus propias palabras. Dice así:

PUNTO 3.º

DE LA MUTUA Y CONSTANTE CARIDAD

«*Pero ante todo, hermanos, habéis de tener los unos con los otros una caridad mutua y constante, porque la caridad cubre la muchedumbre de los pecados*.» (Verso 8.)

Nótese, carísimos míos, la importancia de esta frase. No dice simplemente «*Tened caridad*», sino: «*Ante todo tened caridad*.» Es decir, que la prudencia y la vigilancia, y las oraciones de que antes había hecho mención, han de ser precedidas y como avaloradas por la caridad divina, como reina de todas las virtudes, como el perfume que á todas las hermosea, como principio que á todas las hace meritorias, como lazo único que une espiritualmente á los hombres entre sí, y á todos con Dios.

«El amor de caridad—dijo San Agustín—es tan sobremanera grande, que aquel que no lo tiene, en vano posee todo lo demás; y

al contrario, aquel que lo tiene, todo lo posee (1).» Doctrina fundamental que se halla basada en aquellas sublimes palabras de San Pablo: «*Aun cuando yo hablase todas las lenguas de los hombres y de los ángeles... aun cuando tuviese el don de profecía, y penetrase todos los misterios, y poseyese todas las ciencias... y aun cuando distribuyese toda mi hacienda á los pobres y entregase mi cuerpo á las llamas, si no tuviere caridad, de nada me serviría todo esto.*» (Nihil mihi prodest. I Corint., XIII, 1-3.) «*Jesucristo—añade el mismo Apóstol—murió por todos (los hombres), á fin de que los que viven no vivan ya para sí mismos, sino para Aquél que murió y resucitó por ellos*» (2).

La caridad, pues, es *ante todo*; pero añade la Epístola que ha de ser *mutua y continua*; esto es, perseverante, porque la caridad es deuda que siempre hay que pagar y que jamás se extingue. Y claro es que siendo perseverante, no ha de tener interrupción por nada del mundo; ni por la ingratitud de nuestros prójimos, ni porque ellos nos desprecien ó nos injurien, ni porque nos perjudiquen en la fama ó en la hacienda... es preciso que la caridad no se rompa nunca, pues eso y nada menos significa San Pedro en nuestra Epístola, diciendo: «*La caridad ha de ser mutua y continua.*»—«*Mutuum in vobismetipsis charitatem continuam habentes.*»

Y la razón de todo esto nos la da el mismo Príncipe de los Apóstoles, añadiendo á continuación: «*Porque la caridad cubre la muchedumbre de los pecados.*» Lo cual es como si dijera: «*Porque con la práctica de esta virtud en la forma dicha, quedarán perdonados todos vuestros pecados, y además con la caridad sabréis disimular y perdonar las culpas que contra vosotros cometan los demás.*»—*Charitas operit multitudinem peccatorum.*

Tal es la sublime lección que la Iglesia nuestra Madre nos propone en la Epístola de este día, y por ella vemos con evidencia que nos es de absoluta necesidad *ser prudentes* en todos los actos de nuestra vida, y *ser vigilantes* en todas las ocasiones, y muy especialmente en el trato social, tan lleno de peligros en nuestros días, y ante todo, que hemos de *ser caritativos* con todos los hombres, aunque ellos no lo merezcan, pues Dios Nuestro Señor, por cuyo amor lo hacemos, siempre lo merece y nos tiene prometido que

(1) Tanta est caritas, qua si desit, frustra habentur caetera; si adsit, habentur omnia. (S. August., Sentent. CCCXXVI.)

(2) Pro omnibus est Christus, ut, et qui vivunt, jam non sibi vivant, sed ei, qui pro ipsis mortuus est, et resurrexit. (II Corint., V 15.)

todo cuanto hagamos en su nombre será cumplidamente galardonado, no sólo en la tierra, sino además en las mansiones eternas de los cielos. Amén.

HOMILÍA 2.^a

Para el Domingo VI después de Pascua.

El siervo bueno del Evangelio.

HERMANOS míos amadísimos: «*Cristo nuestro Señor se halla preparado para juzgar á los vivos y á los muertos, y el fin de todas las cosas se ha acercado.*» (Petr., IV, 5-7.) Tal es, en substancia, la verdad fundamental que el glorioso San Pedro puso como fundamento de la Epístola de este día, y á continuación añadió lo que sigue:

«*Por tanto, sed prudentes y velad en oraciones; pero ante todo habéis de tener los unos con los otros una caridad mutua y continua, porque la caridad cubre la multitud de los pecados... Cada cual sirva á los demás, según la gracia que ha recibido, como buenos dispensadores de las diferentes gracias de Dios. Si alguno habla, que sean sus palabras como si Dios hablara por su boca. Si alguno desempeña algún ministerio, que sea conforme á la virtud que Dios da; para que en todas las cosas sea Dios glorificado por Jesucristo, á quien pertenece la gloria y el Imperio por los siglos de los siglos. Amén.*» (I Petr., IV., 7 al 11.)

No intento, carísimos hermanos, tratar hoy de la prudencia, ni de la vigilancia, ni de la caridad propia de los cristianos, porque de esto ya os he hablado otras veces, sino únicamente de la fidelidad á Dios en las gracias que se ha dignado comunicarnos para bien nuestro y de nuestros semejantes. Al efecto, habré de mostraros dos cosas:

- 1.^a La necesidad de ser fieles á las gracias de Dios.
- 2.^a El abuso de las gracias divinas.